

*El*  
*Tejedor*  
*de*  
*Almas*

*Rosario Jiménez Roque*



Rosario Jiménez Roque

Primera edición, Julio de 2020

Rosario Jiménez Roque

[www.rosariojimenezroque.com](http://www.rosariojimenezroque.com)

Facebook: @rosariojimenezroque

Twitter: @RosarioJRoque

Instagram: @rosariojroque

Ilustración de cubierta: Tamara Kadoura

Composición textual de cubierta: Roma García

Realización, impresión y distribución: Amazon KDP

ISBN: 978-84-09-18587-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

Copyright © 2020 Rosario Jiménez Roque

# El Tejedor de Almas

A J.F. Aroll cuyo título inspiró el de este libro.

## CONTENIDO

Prólogo: El Hilo Invisible .....	1
Capítulo 01: El Aprendiz.....	5
Capítulo 02: La Maestra.....	9
Capítulo 03: El Hilo de la Realidad .....	13
Capítulo 04: El Laberinto de los Mil Destinos .....	19
Capítulo 05: El Mar de Tinta .....	23
Capítulo 06: El Hilo del Sueño .....	29
Capítulo 07: El Fantasma de la Biblioteca.....	35
Capítulo 08: Los Ocho Ojos Color Turquesa.....	39
Capítulo 09: El Hilo del Mentor.....	45
Capítulo 10: Un Rumor en la Noche.....	49
Capítulo 11: El Bosque de Plata .....	53
Capítulo 12: El Hilo del Pasado .....	57
Capítulo 13: El Último Tejedor .....	65
Capítulo 14: Un Camino de Rosas.....	71
Capítulo 15: El Hilo del Destino .....	77
Capítulo 16: El Mensaje en los Nudos .....	85
Capítulo 17: Una Buena Historia.....	89
Capítulo 18: El Hilo Roto .....	95

<b>Capítulo 19: Seda de Araña .....</b>	<b>101</b>
<b>Capítulo 20: La Hija del Duque .....</b>	<b>105</b>
<b>Capítulo 21: El Hilo del Guardián .....</b>	<b>111</b>
<b>Capítulo 22: El Final de los Hiladores .....</b>	<b>115</b>
<b>Capítulo 23: El Nido de los Murmullos Seseantes .....</b>	<b>121</b>
<b>Capítulo 24: El Hilo del Amanecer .....</b>	<b>127</b>
<b>Capítulo 25: La Naturaleza de los Fatums.....</b>	<b>133</b>
<b>Capítulo 26: El Ave de Oro .....</b>	<b>141</b>
<b>Capítulo 27: El Hilo de la Vida.....</b>	<b>149</b>
<b>Capítulo 28: Escrito en Sangre .....</b>	<b>153</b>
<b>Capítulo 29: Algunas Respuestas.....</b>	<b>159</b>
<b>Capítulo 30: El Hilo Plateado .....</b>	<b>165</b>
<b>Capítulo 31: El Precio de la Venganza .....</b>	<b>171</b>
<b>Capítulo 32: La Plaza de Luz .....</b>	<b>177</b>
<b>Capítulo 33: El Hilo y su Final.....</b>	<b>185</b>
<b>Capítulo 34: El Libro de Deiros.....</b>	<b>193</b>
<b>Acerca de la Autora .....</b>	<b>197</b>



# Prólogo



## *El Hilo Invisible*



imagina un mundo donde nadie pudiese escapar de su destino; donde el sino de cada persona fuese decidido mucho antes de su nacimiento y no pudiese hacerse nada para evitarlo o cambiarlo. Se trataría sin duda de un mundo de marionetas engañadas con una ilusión de libertad que, impulsados por sus deseos y ambiciones, achacarían a su mala suerte el malogro de sus proyectos mientras invisibles cuerdas las arrastrarían sin piedad hacia su inevitable destino.

En un mundo así, no merecería la pena vivir. No conscientemente al menos, pues nada hay tan enervante como saberse imposibilitado para hacer lo que uno desea. Sin embargo, los habitantes de Sinnos rara vez se percatan de la naturaleza de su existencia, y cuando lo hacen no duran tiempo suficiente para compartir su descubrimiento con nadie.

Tal era el caso de “él”. No tenía nombre; nadie se lo había puesto nunca. Aunque motes no le faltaban: truhán, pillo, ladrón, basura... Su corta vida había sido una carrera constante contra la muerte y ahora, a las puertas de esta, se daba cuenta de que jamás tendría un buen nombre; ni saldría de las calles; ni aliviaría su hambre... Tres días llevaba atado a la piedra de los acusados, sin más compañía que

los huesos de quienes habían sido sentenciados antes que él. Tenía hambre, tenía mucha sed, pero lo peor era saber que acabaría muriendo de aquella manera tan lenta y horrible. Solo era cuestión de tiempo que el hedor de su debilitado cuerpo atrajera a alguna bestia salvaje, y entonces...

—¡Maldición! —gritó en un arrebato de ira— ¡Maldito mundo asqueroso, ojalá te pudras! —aquello no le ayudaba a nada, pues estaba tan lejos de la ciudad que seguramente nadie le oiría por mucho que alzara la voz, pero en cierto sentido le aliviaba insultar al mundo, y a su propio destino —¡Juro que saldré de aquí! Saldré de aquí ¡y lo destruiré todo piedra por piedra! ¡¡Maldito seas!!

Llegó el momento, ya cansado y con los labios cortados por la sequedad, que sus gritos se convirtieron en murmullos que repetía una y otra vez como si fuesen una última canción. Y no mucho tiempo después su voz se apagó.

Comprendió que daba igual cuánto luchase por cambiar o cómo de fuerte gritara: jamás dejaría de ser un ladronzuelo al que habían pillado y sentenciado a morir. Su destino siempre había sido ese, y no importaba lo que hubiese hecho porque jamás había conseguido cambiarlo.

—¿Eres tú el que me estaba llamando?

Ante él había una mujer que llevaba puestas prendas muy parecidas a las de la guardia imperial, aunque en colores más oscuros. Solo con el lazo con el que llevaba atado su cabello sobre el hombro izquierdo “él” podría haber comprado comida para tres días al menos. Pero no era eso lo que más le importaba en aquel momento.

—A...

Trataba de pedir auxilio, sin embargo no era capaz de pronunciar las palabras necesarias pues su boca estaba demasiado seca.

—Te pregunto si eres tú el que me ha estado llamando.

Su tono era autoritario y frío; totalmente carente de la piedad que una situación como la de “él” debería inspirar. A decir verdad aquella desconocida parecía molesta con “él” más que ninguna otra cosa.

—Po... ah...

## El Tejedor de Almas

Quería llorar. ¿Por qué no lograba pronunciar las palabras? Por fin había allí alguien que podía salvarle, y “él” era incapaz de rogar por su vida.

—Así jamás llegaremos a nada —hizo un gesto en el aire y agarró algo invisible con los dedos que resultó ser un finísimo hilo plateado —¿Puedes verlo? —le preguntó con cierta sorpresa —Tal vez sí que merezca la pena —con la mano que tenía libre tomó también el hilo y lo rompió —Ven conmigo.

Aquello era ridículo... O tal vez no, porque en ese momento las cadenas que oprimían a “él” se soltaron y sus fuerzas perdidas regresaron.

—¿Qué demonios eres? —preguntó a su salvadora mientras se ponía de pie.

—Lo mismo que tú a partir de ahora —le dijo ella antes de ponerse en pie.





## *El Aprendiz*



amás en su vida había comido un chuletón de carne como aquel. Estaba entero y recién hecho, jugoso y tierno... Tampoco había saboreado nunca las patatas así hechas, ni un pan tan tierno, o un agua tan limpia. Solo por aquella comida había merecido la pena seguir a la desconocida, que es esos momentos tomaba junto a un hombre de apariencia similar a la suya una taza de esa agua sucia a la que los ricos llamaban té.

Estaban sentados alrededor de una mesa de madera puesta bajo un toldo de tela blanca que sostenían cuatro pilares de madera, lo que llevó a “él” a pensar que aquellos dos ricos tenían criados a su disposición. Aunque ninguno estaba a la vista.

—No es propio de ti recoger huérfanos de la calle, Marea.

“Él” estaba tan concentrado en comer que no se preguntó cómo era que aquellos dos sabían nada sobre su pasado. A todo esto, Marea parecía ser el nombre de la mujer que lo había salvado. Una fémica de piel clara y cabellos oscuros, casi tanto como el traje de chaqueta negro que llevaba puesto, cuyo único elemento de color era la pieza de tela púrpura que llevaba atada a la cintura a modo de cinturón y que era del mismo color del lazo que sujetaba su cabello.

## El Aprendiz

—Creí que te alegrarías de que por fin hubiese tomado un aprendiz, Neriah.

—¿¡Aprendiz!? —preguntaron a la vez “él” y el otro bebedor de té.

El tal Neriah tenía el cabello algo más corto que Marea pero con la excepción de su género y el color de su cinto, que era rojo, poco había que lo diferenciaba de la mujer. Hasta sus expresiones y gestos parecían ser los mismos.

—Llevas varios años diciéndome que tome un aprendiz. Tú mismo has tenido varios.

—Pero no este año. No cuando está a punto de elegirse un nuevo guardián.

—Corté su hilo de la realidad, Neriah.

¿Hilo? ¿Se refería al filamento que cortó cuando lo liberó? Bueno, la verdad era que a “él” poco le importaba; lo único que le molestaba era la cuestión sobre lo de ser aprendiz.

—Así que es cosa hecha —suspiró el tal Neriah.

—¿Qué es cosa hecha? —preguntó “él”.

—Que eres mi aprendiz —respondió Marea mientras daba un sorbo a su extraña taza sin asa.

“Él” se mostró sorprendido, pero al contrario que el tal Neriah no hizo comentario alguno. Lo que debía hacer era comer y recuperar las fuerzas, y ya más tarde pensaría en el modo de escapar de aquellos dos. De momento, y hasta que no supiera a qué se enfrentaba lo más sabio era no hacer nada.

—No me digas que ni siquiera le has pedido su opinión antes de cortar su hilo de la realidad.

—Habría muerto de dejarlo donde estaba.

Aquello era cierto.

—Está bien —asintió Neriah con resignación —Vale, supongamos que realmente eres la maestra de este chico, ¿no crees que como su maestra deberías explicarle qué somos y qué se espera de él?

—A su debido tiempo —dijo a su compañero antes de dirigirse a “él” —¿Tu nombre?

## El Tejedor de Almas

Tras un segundo de vacilación el aludido por fin reaccionó a la pregunta.

—No tengo.

—¿Ni siquiera le habías preguntado su nombre? —el otro bebedor de té parecía sorprendido, y al mismo tiempo no, como si ese comportamiento fuese normal en la mujer.

—Caliseo, ese será tu nombre —lo bautizó la fémina.

A “él” no le gustó el nombre, pero aun así permaneció sin decir nada. Después de todo pronto dejaría a esos dos ricos raros atrás.

—¿Qué estás tramando, Marea? Siempre te has opuesto a la idea de tener un aprendiz, ¿y ahora tomas a este chico por la fuerza? Y encima le pones ese nombre...

—Deja de pensarlo todo tanto, Neriah. Encontré a un chico sin futuro y le di uno: eso es todo.

—Y por eso me preocupo —dejó escapar un suspiro el que parecía el más gentil de los dos —Tú, que nunca has mostrado piedad alguna... entiende que esto es difícil de aceptar.

—Tus palabras me duelen.

Pues si era así, desde luego no lo parecía.

—Bueno, pareces decidida, así que no os entretendré más. Tendrás muchas cosas que enseñarle —dijo antes de levantarse de la mesa.

—Tonterías. Ya sabes que tu compañía siempre es bienvenida.

—Solo cuando te sirve para algún propósito —se jactó.

—Si ya sabes lo que tienes que hacer, te sugiero que te pongas en camino.

Neriah dejó escapar una sonrisa burlona, y entonces... desapareció.

—¿!Pero qué demonios...!?

—Cálmate. A partir de ahora verás cosas mucho más extrañas que esto. Como mi aprendiz, tu misión es no avergonzarme entre los míos; así que deja de sorprenderte por cada nimiedad.

—No voy a ser tu aprendiz.

## El Aprendiz

Pensaba callárselo y huir cuando la oportunidad se le presentase, pero el tono de la mujer lo irritó tanto que se le soltó la lengua.

—Mira tu muñeca, Caliseo.

—Ese no es mi nom... —empezó a quejarse, aunque se detuvo cuando su brazo se alzó como tirado por un hilo.

En aquel momento los vio; los cientos de hilos plateados atados a su muñeca izquierda, y a él mismo, que formaban una madeja que se dirigía hacia Marea.

—En el mismo instante en que corté tu hilo de la realidad pasaste a ser mío. Mío y de cualquier hilador que desee manipularte. Puedes ser mi aprendiz de forma voluntaria y confiar en que respetaré tu libertad, o convertirte en mi marioneta —y como prueba tensó uno de los muchos hilos que iban hacia “él” y lo tensó, haciendo que el muchacho diera un respingo involuntario —Tú eliges.

—¿Por qué yo? —se lamentó más que preguntó.

En la calle pocas vías de supervivencia había que no implicaran dejarse pisar por otros, pero él había logrado sobrevivir todo ese tiempo solo; sin depender de la influencia de ningún traficante de carne, que era como llamaban a los líderes de las bandas. Para aquella gente los miembros de su organización eran piezas dispensables en su propio juego de supervivencia, y por algún motivo la tal Marea no parecía ser muy diferente.

—Me llamaron.

—¿Qué?

—Pedías ayuda y acudí. Maldijiste a tu destino; tiraste de tus hilos y estos me condujeron hasta ti.

—¿Qué? —no entendía nada de lo que le estaba diciendo la mujer.

—¿Recuerdas el hilo que corté para liberarte? Veo que sí —sonrió —La mayoría de mis comunes no pueden verlos, solo percibirlos, pero tú sí que puedes verlos.

—¿Qué importancia tiene que pueda verlos?

Marea dejó escapar un suspiro.

—Te lo demostraré —dijo antes de levantarse.

02

*La Maestra*



La mujer se apartó un poco de la mesa y le hizo una señal para que él hiciera lo mismo; luego empezó a mover los dedos como si buscara algo que había frente a ella pero que ninguno de los dos era capaz de ver. Al poco, sutiles brillos en forma de filamentos revelaron toda una serie de hilos dispuestos como una gran red; distribuidos sin orden aparente uno encima de otro, atravesados o incluso enredados. Fue con un ágil movimiento de muñeca mientras manipulaba esos hilos que la tal Marea hizo desaparecer la mesa y todo su contenido para luego hacerlo aparecer con todo recién puesto. Exactamente tal y como estaba cuando llegaron ellos.

—¿Qué clase de brujería es esta?

—¿Nunca has tenido la sensación de ser una simple marioneta, o títere, empujada por los invisibles hilos del destino? Pues bien, a grandes rasgos, nosotros somos los titiriteros.

—¿Qué? —su mente estaba en blanco.

—Voy a tener que explicarlo todo desde el principio al parecer —dejó escapar un suspiro —Digamos —miró al joven a los ojos — que cada ser, cada entidad del mundo tiene un destino que cumplir. En realidad no es exactamente así, pero por ahora supón que lo es.

De esta forma cada existencia, conocimiento o relación crea hilos que van dirigiendo a la entidad hacia su destino. Pues bien, nosotros tenemos el poder de alterar esos hilos; modificarlos o destruirlos.

—¿Dices que puedes cambiar el destino de una persona?

—No, Caliseo. Digo que de querer podríamos cambiar el destino del mundo entero.

—¿Podríamos? —se señaló a sí mismo, pues era incapaz de creer lo que escuchaban sus oídos —¿Yo también?

—Tú has nacido con un extraño don: el de poder ver los hilos. Yo con el tiempo aprendí a verlos, ¿pero nacer con ese don? —negó con la cabeza —Como te dije antes la mayoría de mis comunes no pueden verlos: solo los perciben. Ahora bien, tener el don no significa...

—¿Hay más como tú? —la interrumpió —Es decir, el tipo de antes también era... Espera un momento, ¿sois algo así como dioses?

—No andas desencaminado —tomó asiento y se hizo con su extraña taza de té sin asa—, pero tampoco acertado. Desde la perspectiva de un humano podemos parecer dioses, sin embargo todos hemos empezado siendo lo que tú: personas que de algún modo llamaron la atención de un hilador que los acogió como pupilos.

—¿Así os hacéis llamar? ¿Hiladores?

Era bastante apropiado.

—Y así será también como se te llamará a ti si aceptas ser mi alumno y terminas tu instrucción.

—¿Significa eso que aprenderé a cambiar el destino?

—Eso dependerá de tu habilidad.

Miró a la mujer de ricos ropajes y a la mesa repleta de comida. Apenas unas horas antes habría literalmente matado con tal de comerse un chuletón como el que antes había engullido, y ahora ese mismo chuletón volvía a estar tentativamente intacto en la mesa. Se sentía lleno, pero no rechazaba la posibilidad de comer algo más, sobre todo si pensaba en que aquella podía ser la última vez que disfrutara de semejante banquete. O tal vez no.

—Y si aceptara ser tu aprendiz, ¿qué tendría que hacer?

## El Tejedor de Almas

—Para empezar darte un baño: apestas —viendo los ojos con los que el muchacho miraba la comida, hizo una pausa y añadió — Aunque eso pude esperar a que acabes de comer —le hizo un gesto que él interpretó como permiso para volverse a sentar a la mesa.

—¿Tú... usted no come? —preguntó con la boca llena.

—A estas alturas no es necesario que cambies tu forma de hablar, Caliseo. Sin embargo, cuando estemos junto a otros hiladores sí que deberás comportarte y dirigirte a cada uno de nosotros por nuestro nombre.

—Marea, ¿no?

La mujer dejó escapar un suspiro.

—Ese es mi nombre, sí, pero no mi nombre de hiladora. ¿Ves la cinta? —señaló la tela que hacía las veces de cinturón y casi corsé —Yo soy Púrpura —el chico casi expulsa lo que tenía en la boca debido a la risa que le sobrevino —¿Te parece gracioso? El color indica nuestro grado de dominio, y también nuestro rango —hizo una pausa —El morado es el rango de control más alto sobre los hilos, y por eso hay quienes atentarán contra tu vida con la inútil esperanza de tomar tu lugar como mi aprendiz.

—Espera, ¿qué? —casi se atragantó con lo que había oído — ¿Significa eso que estoy en peligro?

—A juzgar por el lugar en el que te encontré, no más de lo que lo has estado toda tu vida.

Se quedó sin palabras durante una milésima de segundo, pues era verdad que su vida nunca había sido segura. Sin embargo, una cosa era que su supervivencia dependiera de que fuera capaz de encontrar algo que llevarse a la boca, y otra muy distinta era que alguien quisiese matarlo.

—¿Cómo voy a defenderme contra alguien que puede manipular el destino? ¡Es de locos!

—La pregunta que debes hacerte es si quieres ser tú uno de los que manipulan el destino de otros, según tus propias palabras, o alguien cuyo destino es controlado por los hiladores. Te aseguro que no son pocos los que querrán hacerse con un muchacho capaz de ver los hilos; yo la primera.

## La Maestra

El joven estaba acostumbrado a los mentirosos y a las puñaladas por la espalda, así que escuchar la verdad de frente le asustaba un poco. Sabía que solo aquellos capaces de cumplir su palabra la daban con tal presencia.

—Si desde el principio has podido controlarme, ¿por qué dar-me la opción de ser tu aprendiz?

Por primera vez desde que estaban hablando, ella pareció meditar su respuesta. Tal vez porque creyó necesario escoger bien sus palabras.

—Oí una voz llamarme; maldecir el destino que le había tocado y al mundo que se lo había impuesto. Y te encontré a ti.

Cierto era que recordaba haber gritado pestes contra el mundo pero...

—Yo no te he llamado. Ni siquiera sabía quién eras hasta hace un momento.

—Es posible que así sea. Aunque no creo necesario conocer a alguien para pedirle ayuda —cambió de tema de pronto —¿Has terminado de comer? Tenemos mucho que hacer y solo un año para lograrlo.

—¿Mucho por hacer? —preguntó sin entender.